

Este texto se publicará
 en el n. 6 (abril) de LATERAL (volumen dedicado a BORGES)
 EL LIBRO FUTURO

2658309

Durante algún tiempo pensé que *Inquisiciones* era la única obra de Borges que no postulaba un lector argentino, hoy no comparto mi propia opinión. Es cierto que algunos de los ensayos que lo componen (publicados en *Alfar* o *Revista de Occidente*) pudieron ser fragmentos de conversaciones atlánticas sobre el futuro de la cultura castellana, porque Borges expone aquí un preciso desacuerdo con la recuperación de Góngora, añora que la greguería (y todas las informadas formas modernas) hubieran quebrantado el salmo (símbolo plural de lo oriental y clásico) y cuestiona las novedades imposibles de las metáforas. Pero este diálogo entre poetas que usaban la misma lengua languideció o murió o quizás no existió nunca. Los textos "españoles" de *Inquisiciones* están pensados desde dentro de una tradición y una lengua, pero desde una tradición y una lengua heredadas y percibidas con discrepancias. Ese "lento apartarse de España", que Borges señaló en otro lugar, no pasa por disputas banales por el uso del idioma, sino por entender que la lengua de la literatura, siempre un artificio, es creación del escritor y no pasivo testamento de los siglos.

En este primer libro de ensayos, desprovistos de los bronceos de la fama y entremezclados los espacios y los tiempos, los escritores del pasado y del presente solo relucen por su magisterio verbal. Por ejemplo, en la lectura del *Ulises* (y a diferencia de los críticos franceses o ingleses revueltos en patéticos pataleos sobre procacidades de fondo y forma) Borges enfatiza cierta herencia de Dostoievski, la repetición del procedimiento del monólogo interior inventado por Edouard Dujardin y otras proezas puramente literarias. Y en la revista *Proa*, donde en los comienzos de 1925 salió publicado por primera vez este artículo, Borges hizo algo más: escribió como este irlandés discrepante *traduciendo* la última hoja de *Ulises*. Su olvidada versión reveló que era posible trasladar esas novedades al castellano, pero también que era posible traducir otras y todas. La esforzada escritura de Borges, monótonamente monolingüe, desmiente a quienes han cortejado la peregrina idea de que se limitó a traducir con cierto éxito del inglés. Lejos de esa facilidad que hubiera podido practicar gratuitamente por ser bilingüe, sus comienzos revelan las desesperadas batallas por encontrar en castellano sus propias

formas. En *Inquisiciones*, admirado de la maestría verbal de Quevedo o Browne se disfrazó de escritor latinizante del siglo XVII. En los textos de *El tamaño de mi esperanza*, escritos casi al mismo tiempo o pocos meses más tarde, dirigió su mirada hacia la entonación de los argentinos, encontró un modelo verosímil en el diccionario de argentinismos del siglo XIX de Lisandro Segovia e hizo un pastiche criollo. Estos primeros ensayos, parodias de modelos remotos, pero en los que podemos leer cómo se *hace* una escritura, tuvieron la misma desleal fortuna de los que publicó y olvidó (más de cuarenta textos) en las revistas de vanguardia de España. Borges famoso consiguió convencernos de que la literatura es un artificio que las palabras deben borrar, pero no produjo esa "naturalidad" de forma espontánea, sino, como dijo Kafka de Strindberg, la conquistó a puñetazos, luchando contra cierto innato barroquismo, exuberancias, facilidades y herencias diversas.

Pero todavía hay algo más. Dialoga en *Inquisiciones* una ruidosa multitud de escritores españoles, alemanes, austríacos, ingleses, irlandeses, mexicanos, uruguayos, argentinos y hasta algún francés. Podríamos pensar que estas citas, traducciones y paráfrasis son tranquilas repeticiones de lo que muchos escritores jóvenes, siempre temerosos de parecer ignorantes, terminan por convertir en jactancia. Pero Borges no quiso imitar el sistema de autorizaciones de las grandes culturas ni de las que tienen tradiciones dubitativas; los revolvió con vigor heterodoxo, mezcló lo canónico y lo excluido y se puso a leer todo de otra manera: comparó a Torres Villarroel con Oliverio Girondo, a Pedro Leandro Ipuche con Lucrecio, recuperó de la noche de los tiempos a los hispanohebreos Jehudá ha-Leví y Avicebrón, vinculó a Virgilio con Unamuno y a las enumeraciones de Gómez de la Serna con las de la Celestina, Rabelais, Ben Jonson y Robert Burton, trazó una línea de amorosa identidad entre Omar Khayyam (persa), Fitzgerald (irlandés) y su propio padre argentino, equiparó el fatalismo de la literatura gauchesca (de la que trazó una verosímil genealogía) con el *Quijote* y la *Epístola moral a Fabio*, dijo que el expresionismo alemán fue una discrepancia maravillosa y judía. En esta primera enciclopedia (que los años no tardarán en convertir en prestigio y patrimonio de Borges) no hay ni habrá jerarquías ni famas. El orden y el sentido

son vislumbres de un lector convencido de que la belleza de una frase o de una idea está en cualquier lugar y es traducible a cualquier lengua. Axioma que hoy parece de extrema modernidad, pero que es un vigoroso recuerdo de que las literaturas de todos los países fueron (y siguen siendo) centones de literaturas del pasado. Esta forma de leer la *tradición* literaria (y sus sucesivas derivaciones: el lector que escribe los textos, el universo como libro, el Espíritu como autor universal y eterno) produjeron reflexiones espléndidas en la crítica más importante del siglo XX. Pero es importante anotar que estas poderosas intuiciones de Borges no fueron pensadas como tributo a la eternidad, sino para poder escribir después de toda la literatura , y para poder escribir en un país situado *en la periferia de los grandes bosques y de la arqueología de América* (Bioy) , y cuya única tradición imaginable no podía ser el pasado, sino un *país futuro* (también Bioy) .

Inquisiciones llega a los lectores actuales precedido de la fama de raro. La primera anomalía es que Borges nunca quiso reeditarlos ; la segunda , es que nadie sabe por qué. Pero la extrañeza y la voluntad de escrutarla son , en realidad, falsos problemas. Este escritor dijo siendo ya viejo : "A mí no me interesan mis libros en general , podrá interesarme una página , pero los libros, al fin de todo, son convenciones. Y es verdad. Borges escribió poemas, ensayos, reseñas, ficciones que publicaba en periódicos y revistas. Si las circunstancias editoriales lo favorecían (y casi siempre lo favorecían), agrupaba (y corregía) estos materiales y les daba forma de libros. Salvo *Fervor de Buenos Aires* (y los textos escritos en colaboración , curiosas maravillas) no hay volumen de este autor que contenga páginas inéditas. Pero ni todos los fragmentos ni después todos los libros pasaron a formar parte de (otra mera forma de edición) sus *obras completas* , porque Borges las imaginó incompletas y siempre mutantes. Muchas de estas variaciones son harto invisibles, pero tan implacables y escrupulosas que convierten la escritura (en su sentido más artesanal) en un borrador interminable, incluso después el texto fuera publicado y, como pasó con muchos, olvidado . Borges hizo de este reescribir una ficción : "El tema del traidor y el héroe" que puede leerse como un boceto que se borra a medida que se va narrando, pero también lo declaró

del modo más explícito posible. Y justamente en este libro misterioso:
"Este que llamo *Inquisiciones* (por aliviar alguna vez la palabra de *sambenitos* y *humareda*) es ejecutoria parcial de mis veinticinco años. El resto cabe en un manojito de salmos, en el *Fervor de Buenos Aires* y en un cartel que las esquinas de Callao publicaron. Allá esos *borradores* y el que verás".

Cualquier frecuentador del recuperado libro puede seguir la trayectoria de estas ideas en las obras posteriores . Borges va mejorando, hasta extremos no conocidos en la prosa castellana , la envoltura retórica (la *dispositio*) de sus razonamientos , perfecciona los procedimientos verbales y limpia de excesos las frases barrocas , pero no cambia la forma y la substancia de sus argumentos originales. Está claro que nunca más seremos lectores inocentes , pero podemos evitar la mezquindad de acercarnos con suspicacia a *borradores* de ideas que conocimos claras, pulidas y *perfeccionadas por el tiempo* y por la fama . A cambio del momentáneo olvido de un saber excesivo, se nos ofrece un prodigio paralelo : descubrir un libro futuro.

ANA GARGATAGLI